

FR. GERUNDIO.

*Si quis dixerit gerundianas pullas
esse illi indifferentes, anathema sit.*

Si alguno dijere que maldita
impresion le hacen las pullas de
Fr. Gerundio, una de dos, ó le
dejo como cosa perdida, ó le estampó
sin poderme contener.

CONC. GERUND. CAN. 8ª

Mendizabal y Fr. Gerundio

LOS MAS AMIGOS DEL MUNDO.

Dicho se estaba ello: dos personas que conge-
nian no pueden estar mucho tiempo desunidas;

similis similem quarit, dijo el profano; cada cual con su cada cual; Dios les cria y ellos se juntan: cada oveja con su pareja, y nadie diga, de esta agua no beberé, porque no hay cosa como saber nadar para no irse al fondo. Supuesta la verdad de estos *proverbios*, figúrense mis *lectores* que están oyendo entre Mendizabal y mi Reverendísima persona el diálogo siguiente:

Mendizabal. Par vida de tantos y cuantos, Reverendísimo padre; que V. es el predicador mas famoso de cuantos tienen predicaderas políticas en estos tiempos. Yo luego le dije: este *Padre* va á ser el mas firme apoyo del ministerio, especialmente de las medidas que *de mí* directa ó indirectamente han emanado. Ojalá hubiera V. reaparecido en el mundo desde luego que yo subí al poder, con que tanto me saboréo, pues me hubieran venido muy bien los prudentes consejos de su Paternidad.

Fr. Gerundio. En cuanto á consejos, señor ministro, creo que todos le estaban á V. de mas, porque le sobra á V. sabiduría para gobernar, no digo la España, sino todo el orbe terraqueo y mas que fuera menester. Y en cuanto á dar mi débil apoyo á los actos de su administracion, ¡ave María! ¿quién pudo dudarlo jamás conociendo las *simpatías* que hay entre un esclaustrante y un esclaustrado?

El ministro. Pues justamente era el único temorcillo que yo tenía; sospechaba que acaso hu-

biera V. desaprobado la medida general de esclaustacion.

El Ex-Fraile. ¿Qué disparate! golpe mas maestro no pudo inventarlo imaginacion humana. Aseguro á V. que á mi me llenó: porque la supresion de los monacales que dejaban pingües rentas á la nacion cualquier cabeza redonda la discurría, pero la de los mendicantes....! ese fue un golpe feliz de ingenio, una travesura que á nadie mas que á V. le hubiera ocurrido en el mundo. Tambien me hizo gracia la singular ocurrencia de haberles sustituido V. en el oficio de pedir; y cuidado que podia V. haberles dado lecciones en la materia á todos, á todos ellos, porque tiene V. un modo asi tan *aquello* de sacar la esmola...! Y luego el aseguraries la pitanza de los cinco reales, que no es moco de pabo.... Otro hubiera sido que no les hubiera señalado nada.

El Sr. D. Juan. ¿Con que gustó, gustó aquella medida, eh? No podia menos: solo que ahora no dejarán de chillar algo, con motivo de irseles atrasando las pagas.

El P. Fr. Ger. ¿Por qué han de chillar? Ellos no ven que todas las clases cobran con tanto ó mayor atraso? Y por eso bien contentos estan todos; ademas que si chillan, con no hacerles caso estamos del otro lado: en este punto veo con satisfaccion que tampoco necesita V. consejo, porque sabe hacer el tonto á las mil maravillas. Y lo que yo les digo á todos: si el señor Mendizabal á fuerza

de experimentos llega á descubrir el gran secreto de poder vivir sin comer, cátenos V. en el colmo de la felicidad.

El Sr. D. Juan. Pues tras de eso se anda.

El P. Fr. Ger. Si ya lo conozco; y con algunas clases va V. siendo tan feliz, que no les falta un tris para llegar á este estado de bienaventuranza.

D. Juan el ministro. ¿Y qué le pareció á V. de la ocupacion de los bienes de las monjas, y de la peseta, y de la reunion, &c. &c.?

Fr. Ger. el periodista. *Magníficamente:* no ha hecho V. una cosa mas conforme á los principios de justicia, y al derecho de propiedad. Y desde entonces es un horror lo que han disminuido las facciones; no podia ser otra cosa. Sobre la peseta se ha hecho un poco de rechilla con motivo de haber unos cuerpos de tropas que llaman *francos*, (1) con los cuales se han hecho comparaciones satíricas, llamando á las monjas *peseteras*, y otras alusiones así; pero eso no vale nada, y pudo V. haberlo evitado fácilmente con haberles señalado cuatro reales menos cuartillo. Pero la medida fue *estupenda*, y nadie habia dado en ella nunca. La reunion es oportunísima, porque ellas son naturalmente timidas, y el modo de tener menos miedo es juntarse muchas; y eso de que no se han de llevar bien las de un convento con las de otro,

(1) Cada soldado de estos cuerpos tenia una peseta de prest., y les llamaban vulgarmente *los peseteras*.

debe ser una aprension, y ni á V. ni á mí nos importa nada, ¿no es cierto? Fuera de que los edificios habitados siempre se gastan algo, y quedando desocupados pueden servir de abrigo á las pobres guardañas, que de otro modo no tendrían donde acobijarse.

El Ministro de las profecías. Pues es lo que yo digo. En lo que sospecho que andube un poco ligero fue en prometer la conclusion de la guerra en seis meses.

El Periodista de las Capilladas. En eso sí que puede yo haberle dado á V. un consejo admirable con el cual hubiera V. pasado por la quinta esencia de los profetas: todo el mal estuvo en no haber añadido un mes mas....

D. Juan con precipitacion. ¿V. qué dice, Padre Reverendísimo?

Fr. Gerundio tomando un polvo. Lo que V. oye, señor Ministrísimo. El número siete en la sagrada escritura es un número indefinido, que á veces significa la eternidad. Y V. debe saber (porque esto es del antiguo Testamento) que las setenta semanas que profetizó Daniel tardaría en venir el Redentor del mundo, las toman los intérpretes, no por setenta semanas de dias, sino por setenta semanas de años, con lo cual los que admitimos el nuevo testamento hallamos que sale la cuenta justa. Con que si V. en vez de pronosticar la conclusion de la guerra en seis meses, la hubiera vaticinado en el término de siete, todos sus amigos lo habiéramos interpreta-

do por siete meses de años, y á ver quién era el guapo que desmentía la profecía.

El de la bolsa. ¿Cómo ha de ser! *Homen es errar.*

El de la Capilla. *Hominum est errare*, querrá V. decir.

Mendizabal. Una cosa así. ¿Pero sabe V., Padre Reverendísimo que estoy aturrido de ver que no se haya podido concluir la guerra con ciento cincuenta mil hombres que de dos embites se añadieron al numeroso ejército que ya teníamos? Eso es pasmoso.

Campazas. Item mas, otros ciento cincuenta ó doscientos ó trescientos mil que se mandaron movilizar; bien es que estos no hicieron falta, y se dispuso volviesen á sus casas, en donde siguen sin distinguirse de los que desembolsaron sus cuartejos por no movilizarse; bien hecho, que no hubieran sido toptos, ¿no sabian ya lo que era el gobierno? Lo mismo que los que dieron tres mil reales por eximirse antes del sorteo; pazguatos! ¿No les tenia mas cuenta haber esperado la suerte, y si les caía la de soldado, darlo despues, como está todavía sucediendo? Si son bobos; nunca han de acabar de conocer la verdadera marcha de un gobierno. Pero amigo ¿cómo va degenerando la especie humana! de un año á otro, un soltero, por buen mozo que sea, ha valido mil reales menos.

El Amigo. Con todos los géneros sucede lo mismo.

Mi persona. Escepto con los zapatos..... que ya sabe V.....

El Ministro. A Dios, á Dios, mi querido Fray Gerundio; otro dia hablaremos mas.

Fr. Ger. Oiga V.: si V. me da palabra.... si: échale un galgo.



MAL ME QUIEREN MIS COMADRES

PORQUE LES DIGO LAS VERDADES.



Bien dijo el profeta Malaquias, que era carrera muy penosa la de periodista. Aun no ha empezado Fr. Gerundio á dar capilladas (porque hasta ahora no ha hecho, como quien dice, mas que *amagar*) y ya se escuece el gobierno, y ya se pica el empleado, y ya bufa el magnate, y ya se espeluzna el malandrín, y ya trina el follón, y ya echa espundias el hipócrita, y ya rechina todo viño viviente y malhaciente, y ya abuliza todo zarramplín malandante. Pero todo esto, que sería para un espíritu apocado y asustadizo espinas y abrojos, lo recibe Fr. Gerundio como dulces y sazonados frutos que recoje de sus misiones, porque son otras tantas pruebas de que *lo va haciendo bien*. Me acuerdo mucho haber leído en la lección 26 de la retórica de Hugo Blair que el

aplanso más honorífico que puede alcanzar un predicador son las impresiones serias y profundas que sus discursos hacen en los oyentes. El elogio más encarecido que ha logrado acaso predicador alguno, fue el que tributó Luis XIV al elocuente Masillon, habiéndole oído predicar en Versalles: «Padre, le dijo: muchos grandes predicadores he oído en esta capilla, de los cuales he quedado muy complacido; pero siempre que os he oído á vos, he salido muy disgustado de mi mismo, porque veo más descubierto mi caracter.» Allá os va esa banderilla, señores *gerundiados*: quiero decir que vuestros elamores anti-gerundianos me tienen lleno de satisfacción, porque es señal que es *di* en la *coquera*, y de que voy predicando bien. Pues buena la habeis hecho: ya no dejó el púlpito en toda la vida; y si la cosa se encrespa entre vosotros y yo, y por premio de algun sermón me destinan por unos meses á una fortaleza, os empeño mi palabra de honor de predicar dos veces á la semana *por lo menos*; ó de haceros unas misiones diarias, si fuese menester. Ya no desconfío de vuestra enmienda, porque el enfermo que siente los cáusticos, aun da esperanzas de vida, dice Hipócrates.

SI EL GUARDIAN JUEGA Á LOS NAIPES,

¿QUÉ HARÁN LOS DEMÁS FRAILES?

Todos estamos acordes (y puede que sea el único punto en que lo estamos), convenimos todos en que muchos de los funcionarios públicos tienen tan poca pureza que menos no puede ser, que hincan la uña siempre que hallan ocasión; y cuando no la tienen, la buscan; en una palabra que *roban* (Fr. Gerundio es castellano viejo, y le gusta llamar las cosas por sus propios nombres: al pan, pan, y al vino, vino). Y también convenimos todos en que esta es acaso la causa principal de nuestras miserias y de nuestros males. Pero algunos suelen hacer esta reflexión, hija de sus buenos deseos; «señor, etos hombres ¿no tienen sus gefes, sus superiores que les celen, les tomen cuentas, y si les hallan manchados, los sepan echar á un canal, ó á Filipinas, ó á los infiernos?»

No puedo oír este reparo sin acordarme de cuando el Lazarillo de Tormes comía las uvas con su amo el ciego. «Mira, Lazarillo, le decía el ciego, escarmentado de las muchas que le habia jugado ya el truhan del muchacho; yo quiero que par-

ticipes de todo lo que tenga para mí; ahora vamos á comer unas uvas *á medias*; de cada racimo iremos picando los dos; pero te advierto que has de coger una á una y nada mas; que así haré yo también. En efecto, dieron principio al primer racimo picando grano por grano; á poco tiempo el ciego empezó á coger á dos: así seguía hasta ver si el lazarillo le decia algo; mas viendo que callaba, le dice: Lazarillo, tú comes á tres.—Señor, ¿por qué dice V. eso?—Porque cómo yo á dos, y tu callas, con que infaliblemente tu comes á tres ó á cuatro, pues sino, claro es que te quejarías. Y así era la verdad.

Yo conozco muchos que comen *á dos*, no debiendo comer sino *á una*, y conozco también á los gefes de los que comen *á dos*, que lo saben y callan, ¿á cuántas comerán ellos?—Creo que está resuelto el problema. Mientras haya Lazarillos que coman á tres, no faltarán ciegos que coman á dos.

QUEDEMOS EN ALGO.

Ea; ya se va acercando el verano; ¿se pasará el mes de agosto sin jarana? ¿Se calentarán los caseos, y tendremos ON, ON, OON? ¿Se hará

la siega en paz? ¿Será cosa de pedir algo todos los años? ¿Tendremos juicio alguna vez? ó será el cuento de nunca acabar?—Pues señor, si por mí no llueve, agua Dios; sigamos la moda, y armemos una que sea sonada; pero este año le toca á Fray Gerundio dirigir el cótarro; no todo ha de ser callar; alguna vez ha de ser Fr. Gerundio gefe de bullangueros; con que, señores, disponer las gargantas para gritar en regla y preparar los ánimos para ejecutar lo que se pida; porque una vez dado el grito, hay que sostenerle cueste lo que cueste; lo que hemos de pedir acaba tambien en ON, que parece que es el final favorito de los liberales; con que supónese que no ha de ser inquisiciON; en ella sea yo quemado si no nos sale bien esta tentativa, y arrastrado me vea si no aseguramos el apetecido triunfo de la libertad contra el despotismo; siempre que me sigais de buena fé, y con constancia; y mirad que de no hacerlo, de poco nos sirven las victorias de Irun y Fuenterrabia; mitad que es el único ON que nos conviene y nos puede salvar de tantas borrascas como nos cercan y amenazan; ¿y sereis tan tontos, y tan orgullosos, ó tan débiles, que contando con esa seguridad no hayais de favorecer el grito que quiere Fr. Gerundio se oiga en todos los ángulos de la península de oriente á poniente y de norte á mediodia? Digan pues conmigo todos los liberales de todas partes, antes que otro se adelanté á pedir otra cosa: *UníON; UníON; UníON!!!*

Ahora bien; la union es imposible si cada uno sigue creyendo que es mas que cada uno, y si todos somos tan soberbios que nadie quiere ceder á nadie. Con que asi, señor estatutista, hágase V., cargo que el volver á lo que V. quiere, suponiendo que su Estatuto sea bueno y muy bueno, nos habia de ser ya malo y muy malo. Conozca V. señor constitucional del año 12, que dando por sentado que su Constitucion de V. sea tan buena como á V. le parece, el pensar ya en ella nos seria peor y muy peor. Conozca V. señor D. Republicano, que de no estar, como de hecho no está la España por ahora para recibir, ni menos para gobernarse por los principios de V., que podrán ser los mas sanos, y si se quiere los mas justos, es quererla muy mal tratar de hacérselos tragar de repente y con violencia. Confiese V. señor Amigo del pueblo, que no ha sido poco avanzar haber llegado á poner á este pueblo al nivel, ó mas que al nivel de la *grandeza* que antes le esclavizaba. Un hombre del pueblo podrá ser diputado, senador, ministro; un artesano es comandante de la milicia nacional de caballería de Leon, y Fray Gerundio, con todas sus barbas y aparejos, y con todos los honores y prerogativas que disfrutaba en el claustro, está aprendiendo los jiros de simple soldado nacional al lado de un hijo de la casa de espósitos, y mandado por un oficial de la imprenta, sin que esto le hiera su amor propio; ¿quiere V. mas?—Reflexione V. señor Aristó-

crata, que todos descendemos de unos mismos padres, y que si á V. le hace cosquillas verse despojada de infinidad de privilegios que antes gozaba su alta clase, seria ahora imprudente é impolítico aspirar á la recuperacion de esas alhagüeñas distinciones, porque importaria mas el coscorron que el bollo.

Ultimamente, señores (con todos habla ahora Fr. Gerundio), Vds. que tanto vociferan la obligacion de hacer sacrificios por la patria, ¿podrán ofrecer á esta patria un sacrificio mas grato, mas importante, mas necesario, mas noble, mas liberal que el de su propia opinion, amoldándose *por ahora* á las exigencias de las circunstancias, renunciando *por ahora* á las pretensiones del parecer propio, despreudiéndose *por ahora* de los albagos que á cada uno le hace el convencimiento de lo que á su juicio aprende como el mejor sistema? Doloroso sacrificio es el de la opinion; pero ¿no será por lo mismo el mas grato de todos? ¿Y no es el mas necesario? ¿Y aun dudaremos hacerle? No nos llamemos liberales, si asi pensamos. Sobre todo, desengañémonos; sin *union* nos perdemos, sin *union* nos hundimos, sin *union* seremos victimas. El que tenga el orgullo de creer otra cosa, es un iluso, un necio, un mentecato.

Ya tenemos, ó vamos á tener luego una pauta que seguir, porque hay una Constitucion aprobada por el Congreso nacional; acaso no es lo que queria Fr. Gerundio; pero una vez que llegue á san-

cionarse, será el primero á sostenerla con sus débiles esfuerzos; quizá no por convencimiento y simpatía, pero sí por política y por necesidad, al menos mientras duren estas circunstancias: pedid otra cosa y nos acabaremos de perder; ó UNION, ó nos hundimos; escoger. Fr. Gerundio no puede hacer mas que predicar: el que tenga oídos de oír que oiga.



OTRO REMIENDO MAS.



Tirabeque, mira si te ha quedado por abí alguna hebra de seda, ó de hilo, ó aunque sea un poco de bramante, que tienes que coser otro remiendo á aquella capa de pobre que me enseñaste el otro dia, y que representaba *la historia del plan de estudios*.—¿Es grande, señor? Porque si es grande, no cabe.—Es un reglamento para los exámenes de fin de curso en todos los estudios del reino, que acaba de hacer la Direccion general del ramo.—¿Cuántas puntadas podrá llevar?—No sé: ellos son dos títulos, y catorce artículos, con otro artículo *adicional* á la cola, para que no falte el remate de ordenanza.—Ay, ay,

ay! eso no se puede coser ya á la capa sin que encubra otros remiendos mas pequeños.—¿Sabes lo que puedes hacer? Ponerle por segunda esclavina, que no nos faltarán otras que ir colocando encima hasta formar una especie de *redingot*; y del artículo *adicional* puedes hacer un ribetillo, que todo hace gracia.—Dígame V., ¿y esos artículos *adicionales* para qué los ponen?—Te diré. Había en Campazas un sastre que no sabía cortar una capa sin echarla abajo una pieza añadida que llaman *camba*, porque tiene la forma de la *camba* de un arado. Cuando se le echaba en cara ése defecto, siempre decia que era por la poca marca de los paños. Un dia mi tío el mayorazgo tuvo la humorada de sacar al campo al buen sastre *Camba*, que por este nombre era ya conocido; y para experimentar su habilidad, le dijo: Vamos, maestro, ahí tiene V. esa tierra que hace una carga de sembradura; figúrese V. que todo eso es paño; á ver cómo me corta V. una capa para mí bien cortada. El ingenioso profesor echó sus líneas por la tierra adelante, y por último concluyó diciendo: «y aquí se echa una *camba*.» Un sastre político hubiera dicho: «y aquí un artículo adicional.» Llámelo usted H.

Apéndice á este artículo. Los estudiantes de Valladolid dicen que no va con ellos el reglamento de exámenes, que es impracticable por este año, que ha sido inoportunísimo, y otras bobadas así; ¿pues no son tontos? Cómo no ha de ser oportuno

llevando su artículo adicional? Nunca saldremos de aprensiones. Y que se incomoden los estudiantes, ¿qué importa? Sobre todo, que no se observe lo mandado; ¿no es este el curso que llevan las mas de las reales órdenes? Ah! no me acordaba que sobre esto tengo que poner artículo aparte.

